

LA AMISTAD DE JUAN TORRICELLI

PEDRO HERRIQUETZ URUSA

## ENSAYOS

Este es el primer volumen de la obra, publicada en 1954, que trata de la amistad en la historia y en la literatura. En él se exponen algunas reflexiones sobre la amistad que se han desarrollado durante los siglos. El autor analiza la amistad en la filosofía, en la literatura y en la historia. En el primer capítulo se estudia la amistad en la filosofía, desde los griegos hasta los modernos. En el segundo capítulo se estudia la amistad en la literatura, desde los clásicos hasta los modernos. En el tercer capítulo se estudia la amistad en la historia, desde los antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la humanidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el cuarto capítulo se estudia la amistad en la historia de España, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de España, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el quinto capítulo se estudia la amistad en la historia de América, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de América, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el sexto capítulo se estudia la amistad en la historia de Europa, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de Europa, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el séptimo capítulo se estudia la amistad en la historia de Asia, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de Asia, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el octavo capítulo se estudia la amistad en la historia de África, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de África, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el noveno capítulo se estudia la amistad en la historia de Oceanía, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de Oceanía, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el décimo capítulo se estudia la amistad en la historia de Australia, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de Australia, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el undécimo capítulo se estudia la amistad en la historia de Nueva Zelanda, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de Nueva Zelanda, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el duodécimo capítulo se estudia la amistad en la historia de la Antártida, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la Antártida, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimotercer capítulo se estudia la amistad en la historia de la Tierra, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la Tierra, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimocuarto capítulo se estudia la amistad en la historia del Universo, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia del Universo, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimoquinto capítulo se estudia la amistad en la historia de la vida, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la vida, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimosexto capítulo se estudia la amistad en la historia de la muerte, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la muerte, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimoséptimo capítulo se estudia la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimoctavo capítulo se estudia la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el decimonoveno capítulo se estudia la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. En el vigésimo capítulo se estudia la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos. El autor analiza la amistad en la historia de la eternidad, desde los tiempos antiguos hasta los modernos.

## LA AMISTAD DE JULIO TORRI CON

### PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

*Serge I. Zaitzeff*

Desde su llegada a México en 1906, Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), quien venía con una asombrosa cultura literaria y filosófica, empezó a ejercer una influencia que sería determinante entre los intelectuales del país. Allí participó activamente en las nuevas direcciones que surgían en esos años y desembocarían en la fundación del Ateneo de la Juventud en 1909. Fue muy amigo de los ateneístas quienes le tenían un profundo respeto y afecto. Los unía no solamente una fraternal amistad sino también una común pasión por el mundo de las ideas. Se reunían frecuentemente para hablar de filosofía y para leer durante horas a Platón, a Lamb o a cualquier otro autor que juzgaran indispensable. Fueron años inolvidables para los integrantes de esta nueva generación, años en que se forman íntimas amistades que durarían, en muchos casos, toda una vida a pesar de la dispersión del grupo la cual se efectuó a partir de 1913. Son notables, por ejemplo, los lazos que vincularon a Alfonso Reyes con Pedro Henríquez Ureña y con Julio Torri, como lo demuestran sus epistolarios publicados hace poco. A<sup>1</sup>

través de estas cartas, y de otras<sup>2</sup>, se empieza a reconstruir la íntima y verdadera historia de una de las épocas más fascinantes y decisivas en la evolución cultural de México.

A este panorama hay que agregar otro capítulo: el de las relaciones entre el maestro dominicano y Julio Torri (1889-1970). Gracias a la correspondencia todavía inédita<sup>3</sup> entre los dos es posible ahora echar un poco de luz sobre este tema. En el caso de estos dos escritores es particularmente revelador este material puesto que en sus respectivas obras, tal vez por haber sido "amigos íntimos"<sup>4</sup>, escasean los comentarios del uno acerca del otro.

Las cartas que tenemos<sup>5</sup>, una treintena en total con una preponderancia de las firmadas por Torri, abarcan un período de unos diez años (1911-1921). Esta amistad, sin embargo, remonta a 1908 cuando llega Torri a la capital mexicana para estudiar derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. La primera carta que se ha conservado de esta correspondencia, escrita desde Torreón el 5 de mayo de 1911 y enviada a Santo Domingo donde Henríquez Ureña se encontraba de vacaciones, atestigua la intimidad que se había establecido entre los dos y revela, por otra parte, la conocida influencia de los gustos literarios de Henríquez Ureña sobre sus compañeros mexicanos. Así, se ve que Torri aprovecha los meses lejos de los estudios jurídicos para traducir a Wilde (*Lady Windermere's Fan*) y sobre todo para leer a los clásicos antiguos y españoles, así como a Dante y a Kant. Con fidelidad Torri sigue de cerca los consejos de su amigo mayor y se prepara para hablar de sus lecturas cuando se vuelvan a ver en México. Mientras tanto espera ansiosamente sus cartas y reconoce que "en estas soledades echa uno mucho de menos la buena conversación."

Este sentimiento de soledad que Torri empieza a conocer esporádicamente durante breves períodos de separación no dejará de perseguirlo el resto de su vida. Con la partida de Alfonso Reyes en 1913 y luego con la de Pedro Henríquez Ureña en 1914, Torri pierde tal vez a sus dos mejores amigos y siente que algo ha sido irremediamente destruído. Con característica lucidez Torri le confiesa a Reyes que "Sin Pedro y

sin tí, mi tragedia es bastante clara”<sup>6</sup>. Una semana antes de que saliera don Pedro de México, Torri vuelve a dirigirse a su amigo mexicano para decirle que “México, por la ausencia de amigos, es ya inhabitable.”<sup>7</sup>.

El epistolario que nos interesa en realidad coincide con los años que Henríquez Ureña pasa fuera de su país adoptivo. Por desgracia faltan las primeras cartas que le manda a Torri desde La Habana, cartas que éste encuentra fascinantes. Por ello le suplica que no deje de escribirle y que no imite “la infame conducta de Alfonso”<sup>8</sup>. Conviene recordar que la ausencia del mentor dominicano se hace sentir inmediatamente en la vida intelectual de México la cual había alcanzado una vitalidad excepcional en los años del Ateneo. Así evoca Torri no sin nostalgia esa época abruptamente truncada: “Con tu partida se acabaron para nosotros los descubrimientos de autores ingleses. Desapareció también toda exigencia de cultura (...) trabajamos sin ninguna excitación exterior”<sup>9</sup>. No obstante este “oscurecimiento” que ha caído sobre el país, Torri sigue ampliando su ya sólida cultura con lecturas de Schopenhauer y otros filósofos alemanes con el fin —según dice— de acercarse a Antonio Caso, quien continúa “tan apartado de nosotros como siempre”<sup>10</sup>—

Son de particular interés las cartas de 1914 escritas por Torri porque ofrecen el primer y único testimonio de este escritor acerca de la situación política de México y de Victoriano Huerta mismo. Su actitud, a diferencia de la de otros ateneístas, no puede ser más clara. Así describe el caos: “El Ejército —sin Huerta— sigue resistiendo a la Revolución. Esta, según parece, trae divisiones interiores. (Por lo menos cada general tiene su círculo de políticos aparte).” y después de aludir a la presencia norteamericana en Veracruz asevera: “Tengo náuseas horribles. Se han descubierto crímenes atroces de Huerta. Nada puede superar en bajeza y maldad a una tiranía militar. En fin, Pedro, que tenemos los ojos cansados de espectáculos repugnantes” (10 de agosto de 1914). Cada vez más, igual que sus amigos Carlos Díaz Dufoo Jr. y Mariano Silva

y Aceves, Torri se refugia en los libros como para escapar a la deplorable realidad. El 16 de mayo de 1914 sintetiza su situación de la siguiente manera: "Vivimos desterrados en nuestra propia patria." Sólo las lecturas y las siempre esperadas cartas de sus dos hermanos espirituales pueden hacerle soportable este doloroso exilio. Pero desgraciadamente hace meses que no recibe nada de Reyes y quisiera que Henríquez Ureña fuera un corresponsal más asiduo puesto que "sólo tus cartas —ya que las de Alfonso no nos llegan desde hace mucho— es lo que me acompaña en la soledad en que estoy de amigos inteligentes" (9 de septiembre de 1914). Por razones políticas Torri ha perdido la amistad de ciertos colegas ateneístas y no frecuenta más que a los ya mencionados Dfáz Dufoo Jr. y Silva y Aceves, y por poco tiempo a Antonio Castro Leal, con quienes se reúne "casi diariamente" para leer a Hegel, a Wells y también las epístolas del dominicano en las cuales buscaban afanosamente sus valiosos consejos. Si bien es cierto que se dedican con pasión a la búsqueda del conocimiento, hay que anotar al mismo tiempo que los caracteriza una parecida esterilidad en cuanto a su producción literaria.

En carta del 22 de octubre de 1914 Torri alude a su propia obra y expresa claramente su elevado ideal de perfección. Dice: "Aun no hay bastantes flores raras y curiosas en mi jardín. Además, después de los 25 años, debe sólo publicarse libros perfectos." Cabe subrayar que su amistad con Henríquez Ureña no es únicamente literaria ya que le habla también de sus otros intereses (el tenis, sus amores) además de confiarle que tratan ' a toda costa de formar nuestro mundo, a fin de poder seguir viviendo en la intemperie en que estamos."

Pasa casi un año entre esta carta y la próxima fechada el 15 de septiembre de 1915 y enviada ahora a Nueva York donde Henríquez Ureña se encontraba después de haber pasado varios meses en Cuba<sup>11</sup>. Se trata de un documento interesante por los nuevos datos biográficos que contiene. Se descubre que la desesperación de Torri lo había llevado a vender algunos de sus queridos libros para poder irse a California con unos amigos (Silva y Aceves entre ellos). Por lo demás, parece que Henríquez

Ureña, cuyo afecto era sincero<sup>12</sup>, le había conseguido un puesto en los Estados Unidos. Pero, con todo, Torri no logra desprenderse de su país y sigue “padeciendo molestias” tanto en su trabajo como en su vida amorosa<sup>13</sup>. Sólo la literatura le proporciona auténtica satisfacción sobre todo cuando la comparte con amigos como Silva y Aceves y Díaz Duffo Jr. Con éste Torri anhela “adquirir un conocimiento completo” de los escritores ingleses y con este propósito se nutren de lecturas de Quincey, de Lamb y de Pater. Al mismo tiempo sigue “con éxitos menos que medianos” como profesor de literatura española en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, puesto para el cual lo había propuesto Henríquez Ureña en 1913. Torri el humorista se deja ver en algunas de sus observaciones como cuando le cuenta a don Pedro que tiene entre sus alumnos ‘una señorita, que sólo usa sombrero cuando va a mi clase, y que asiente a cuanto digo, aún antes de que yo mismo sepa lo que voy a decir.’ El mismo espíritu humorístico, aunque teñido de tristeza, aparece en carta de febrero de 1916 cuando alude a una conferencia que él mismo había pronunciado. Así describe la escena: “El público lo componían, mi hermano Enrique, un pariente remoto y olvidado, el mozo que barre el salón, y un niño desconocido, de nueve años, que llegará a ser un genio, sin duda. Fracaso en todo.” Hay que reconocer que especialmente durante este período cuando parece haber perdido contacto con don Alfonso, Torri le confía al dominicano cuya amistad es ‘lo primero en el mundo’ sus inquietudes y sus dudas. Por otra parte, son interesantes las alusiones a cierta “aventura de seriedad,” es decir, al proyecto de hacer una revista literaria con Pablo Martínez del Río, Xavier Icaza, Díaz Duffo Jr., el Marqués de San Francisco entre otros y, desde luego, con la valiosa ayuda de Pedro Henríquez Ureña. Por desgracia *La Nave* naufraga después de la publicación del único número de mayo de 1916 en el cual colaboran el dominicano con “La despedida de Anatole France” y Torri con algunas reseñas y un texto que él mismo califica de “mediano ensayo sobre temas antiguos de nuestras conversaciones.”<sup>14</sup>. A su vez parece que en este

mismo año Torri colabora, gracias a Henríquez Ureña, en el semanario *Las Novedades* de Nueva York<sup>15</sup>.

Las primeras cartas de Pedro Henríquez Ureña dirigidas a Julio Torri que se han guardado son del verano de 1916. En ellas el dominicano comenta sus lecturas de Tagore y se refiere a la presencia en Nueva York de su mutuo amigo Xavier Icaza con quien se dedica al estudio del latín leyendo a César. Pero sobre todo será de especial importancia para Torri, a quien Henríquez Ureña consideraba ya hacia 1913 como "el más original escritor joven"<sup>16</sup>, el siguiente consejo: "Insisto en que publiques tu libro cuanto antes... Guerra a los escritores que no escriben" (9 de agosto de 1916). De hecho, estas palabras no tardan en estimular a Torri, quien le comunica inmediatamente (el 23 de agosto) su decisión: "Pienso publicar un libro el año que viene, cuando reúna cinco, por lo menos, ensayos como *Beati qui perdunt* y *En elogio del espíritu de contradicción*, y veinte o veinticinco poemas en prosa y ensayos cortos, a manera de *Del epítrofe* y de *A Circe*. Creo que apresurarme en este sentido, y publicar precipitadamente sería un disparate"<sup>17</sup>. En 1916 sale este primer libro de Julio Torri con el título de *Ensayos y poemas*.

Ahora en Minneapolis, desde septiembre de 1916, donde da clases y realiza estudios graduados en la Universidad de Minnesota, Henríquez Ureña comparte con su amigo mexicano sus primeras impresiones y se queja a veces de su silencio: "Entre tanto, tú, infame, no me has escrito en tres meses (...) Te contaría mil cosas de esta vida... pero no lo mereces; nunca escribes" (19 de diciembre de 1916). No obstante, se reanuda esta correspondencia con el mismo trato íntimo y la misma generosidad de antes. Torri sigue siendo el amigo fiel que se encarga de conseguirle libros y de cuidar sus publicaciones mexicanas. Y sigue siendo el que le confía, aunque no como a Reyes, algo de su intimidad. También hay en estas cartas declaraciones que son particularmente reveladoras porque vienen a confirmar en Torri su constante afán de superación intelectual así como cierto sentimiento de inseguridad el cual puede explicar en parte su persistentes esterilidad. Dice, por

ejemplo, en carta del 4 de enero de 1917: "Necesito estudiar mucho, rehacer mi cultura, refrescar el stock de mis citas. No me abandona la desconfianza en mí mismo, y a veces me siento y encuentro extraordinariamente *snobish*." En otra ocasión Torri lamenta el hecho de que él y sus compañeros hayan

"adquirido la mala costumbre de no producir" y admite refiriéndose a sí mismo: "Yo tampoco escribo, a pesar de algunos buenos temas que me ocurren" (12 de julio de 1918). Lo cierto es que sus múltiples puestos en la enseñanza y la burocracia a absorben todo su tiempo.

Tampoco hay que olvidar, por otra parte, que en el fondo Torri se siente insatisfecho al estar alejado de sus dos grandes amigos —don Alfonso y don Pedro— pero no pierde la esperanza de volver a reunirse con ellos. Le dice a Henríquez Ureña: "Si no tuviera ataduras de familia estaría a vuestro lado, como lo haré algún día, si los dioses no me son enemigos" (20 de agosto de 1918).

Pero no se cumplen sus mayores deseos y no dejan de agobiarlo los problemas de la vida diaria: "esta época ha sido muy desagradable para mí. Algo más que desagradable. He andado de unos empleos a otros" (marzo de 1919). Su frustración es tal que piensa emigrar a España hacia fines del año. El ambiente que lo rodea se le ha hecho intolerable como se puede ver en esta breve descripción: "Por pereza o tropical indiferencia nuestra se nos ha venido encima una plaga de aventureros, periodistas, etc. que casi nos ha vuelto irrespirable el aire" y concluye en tono desesperado: "Continúo suicidándome lentamente en una terrible oficina, donde trabajo ocho horas diarias. Dentro de algunos meses los libros serán para mí un dulce recuerdo de juventud" (14 de abril de 1919). Nuevamente Henríquez Ureña no queda indiferente a la dolorosa situación de su amigo y le ofrece un puesto como profesor en Minnesota, puesto que por "motivos de peso" rechaza Torri. No obstante, le promete estar con él en Madrid donde Henríquez Ureña iba a pasar casi un año cerca de Alfonso



Reyes a partir del mes de octubre. Pero, como en otras ocasiones, no se lleva a cabo esta ilusión de Torri para quien "Los viajes son la única magia que queda en la vida moderna" (16 de agosto de 1919).

Las últimas cartas que tenemos, algunas brevísimas procedentes de Europa, son todas de Henríquez Ureña. En ellas alude a Reyes, a Valle-Arizpe y a Vasconcelos, quien al ser nombrado rector de la Universidad lo invita en junio de 1920 a colaborar con él. Por sus compromisos en Minnesota y su deseo de regresar más tarde a Madrid, Henríquez Ureña no puede aceptar la oferta de su compañero ateneísta. En cambio, Torri sí empieza a trabajar en 1920 con Vasconcelos en un bufete de abogado y en la Universidad. Acerca de esta nueva etapa le confiesa a Reyes: "Vivo por obra y gracia de la extraordinaria bondad de nuestro Vasconcelos"<sup>18</sup>. En agosto de 1921 por fin vuelve Henríquez Ureña a México pero parece que la amistad con Torri ya se había enfriado. De hecho, las últimas cartas que Henríquez Ureña le escribe meses antes de marcharse de los Estados Unidos son algo impersonales, limitándose a ser notas sobre sus más recientes lecturas de autores rusos y sobre todo ingleses. Luego, a pesar de colaborar juntos con Vasconcelos, los dos amigos se alejan uno del otro hasta llegar a la ruptura definitiva. El 9 de abril de 1923 Torri le explica a Reyes lo sucedido de la siguiente manera: "No te escribo ha mucho. Pero sólo cosas desagradables tendría que contarte. Por ejemplo, de Pedro me he distanciado completamente. Se ha rodeado de un grupo de muchachos petulantes y ambiguos como Salomón de la Selva y todo el mundo le llama a su oficina 'el taller de fotografía.' Avaro, sucio, egoísta, mata-entusiasmos, lamentablemente viejo de espíritu y cursi de gustos y de un snobismo ridículo. Vasconcelos mismo apenas lo soporta ya"<sup>19</sup>. En julio de 1924 Pedro Henríquez Ureña, desilusionado y resentido, abandona de nuevo México esta vez para trasladarse a Argentina donde moriría en 1946.

Si bien es cierto que se rompió la sincera amistad que había unido a don Julio con el humanista dominicano, hay que reconocer que con el tiempo aquél se olvida de lo desagradable

y recuerda con afecto y nostalgia al íntimo compañero. Así lo evoca en un artículo escrito en 1946 con motivo del fallecimiento de Henríquez Ureña. En estas páginas Torri no tiene más que elogios para el maestro desaparecido haciendo resaltar su bondad, su paciencia, su inteligencia, su agudeza crítica, sus vastos conocimientos, su sociabilidad y por encima de todo su profunda influencia. Torri, quien tanto le debe a Henríquez Ureña, concluye con este certero juicio: "Pedro representó entre nosotros, y en una época decisiva para la cultura del país la seriedad de la carrera literaria, la aspiración a un saber de primera mano, la afición por las letras clásicas, por lo griego y por lo español sobre todo. Sus escritos, con serlo tanto, son menos valiosos que su influencia personal en la juventud de hacia el segundo decenio de este siglo"<sup>20</sup>.

En resumidas cuentas, el intercambio epistolar entre Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri, sin tener el alcance de la nutrida correspondencia de Henríquez Ureña con Reyes o de Reyes con Torri, ofrece sin embargo un valioso documento de una amistad acerca de la cual se habla muy poco así como un vivo testimonio de la vida intelectual de México durante algunos de sus momentos más difíciles. A través de las deliciosas cartas de Torri, se puede no solamente seguir los altibajos de su drama personal, el cual está estrechamente ligado al de su país, sino precisar las relaciones que sostuvo con los miembros de su generación. En Henríquez Ureña, el brillante ensayista mexicano encontró sobre todo a un maestro que supo guiarlo con firmeza y sabiduría en sus años de formación. Así aprendió entre otras cosas a apreciar a los escritores ingleses, con quienes tenía no pocas afinidades, y a ejercer con la mayor seriedad posible el oficio literario. Estas cartas, y las que le manda a Alfonso Reyes, constituyen una especie de diario íntimo que permite llegar a un mejor conocimiento de una de las figuras más fascinantes de la literatura mexicana moderna.

## NOTAS

<sup>1</sup> Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981. Julio Torri, *Diálogo de los libros*, Compilación de Serge I. Zaitzeff. México: Fondo de Cultura Económica, 1980. Este volumen contiene la correspondencia entre Alfonso Reyes y Julio Torri.

<sup>2</sup> Por Ejemplo: Claude Fell, *Écrits oubliés. Correspondance entre José Vasconcelos et Alfonso Reyes*. México: Institut Français d'Amérique Latine, 1976. También Serge I. Zaitzeff, "Una nota sobre Alfonso Reyes y Mariano Silva y Aceves," *Boletín Capilla Alfonsina*, 35 (enero-diciembre de 1980), pp. 20-26.

<sup>3</sup> El epistolario entre Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri se publica por primera vez en nuestro *El arte de Julio Torri*. México: Editorlal Oasis, 1983.

<sup>4</sup> Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña," *Tres libros*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 170.

<sup>5</sup> Agradecemos las gentilezas del Dr. Juan Jacobo de Lara quien nos facilitó todo el material que se ha conservado en el Archivo de Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo.

<sup>6</sup> Carta fechada el 24 de diciembre de 1913. *Diálogo de los libros*, p. 184.

<sup>7</sup> Carta con fecha de marzo de 1914. *Diálogo de los libros*, p. 191.

<sup>8</sup> 14 de mayo de 1914. De hecho, cabe notar que no hay entre Torri y Reyes cartas de este último después del 2 de marzo de 1914 hasta fines de 1916.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.* En otra carta (10 de agosto de 1914) Torri vuelve a referirse a Caso diciendo que éste "tiene para mí una cortesía tan extremada, que se me hiela la sangre en el corazón."

<sup>11</sup> Desde abril hasta noviembre de 1914 según Juan Jacobo de Lara, *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975, p. 38.

<sup>12</sup> Pedro Henríquez Ureña le dice a Alfonso Reyes en carta del 18 de enero de 1915: "Estoy en un momento disgusto contra los mexicanos. Cada día me siento más despegado de todos. Conservo una que otra debilidad: p. ej.; asómbtrate! Julio, a quien veo cada vez más distinguido". *Epistolario íntimo, Tomo II, p. 136*.

<sup>13</sup> Le dice a don Pedro: "Mi primer experiencia de amante se resolvió en algunas semanas de tragedia" (15 de septiembre de 1915).

<sup>14</sup> Se trata de "Beati qui perdunt..." luego incorporado con numerosos cambios a *Ensayos y poemas* (1917).

<sup>15</sup> Le anuncia a Henríquez Ureña en carta de 1916 (¿abril?) el envío de "algunas cosas de mi retacería" para *Las Novedades*. Desgraciadamente no hemos podido consultar esta publicación para verificar si en efecto llegaron a publicarse esos textos.

<sup>16</sup> Carta a Alfonso Reyes (29 de octubre de 1913). *Epistolario íntimo, Tomo I, p. 171*.

<sup>17</sup> En carta a Reyes (21 de octubre de 1916) Torri reconoce el estímulo de su amigo dominicano: "Por exigencias de Pedro Henríquez Ureña, y de dinero, me resolví a salir a la plaza del vulgo. Perdonadme vosotros." *Diálogo de los libros, p. 195*.

<sup>18</sup> Carta del 24 de septiembre de 1920. *Diálogo de los libros, p. 231*.

<sup>19</sup> *Diálogo de los libros, p. 243*. Sobre la actitud de Vasconcelos hacia Henríquez Ureña véase la carta que auél le manda a Reyes el 28 de noviembre de 1923 en Claude Fell, *Écrits oubliés. Correspondance entre José Vasconcelos et Alfonso Reyes*, pp. 58-60.

<sup>20</sup> "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña," *Tres libros, p. 173*.